

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
1. LA <i>CRÓNICA DEL MORO RASIS</i> : PRESENTACIÓN PRELIMINAR	11
1.1. Autoría y secciones del texto castellano	12
1.2. Propósito de la presente edición	14
2. AḤMAD AL-RĀZĪ, EL HISTORIADOR, Y LOS <i>AJBĀR MULŪK AL-ĀNDALUS</i>	16
2.1. Las secciones de los <i>Ajbār mulūk al-Andalus</i>	22
2.2. La génesis de los <i>Ajbār mulūk al-Andalus</i>	26
2.3. La pervivencia de los <i>Ajbār mulūk al-Andalus</i>	41
3. TRADUCCIONES Y TRADICIONES: DE LOS <i>AJBĀR</i> A LA <i>CRÓNICA DEL MORO RASIS</i>	45
3.1. Hacia la tradición textual castellana: la historia novelada del rey Rodrigo	45
3.2. En busca del texto perdido: la penitencia de Rodrigo.....	49
3.3. Textos y paratextos: Corral y la autoría de la traducción castellana cuatrocentista	53
4. LA <i>CRÓNICA DEL MORO RASIS</i> : TEXTO CASTELLANO Y TESTIMONIOS.....	57
4.1. El concepto historiográfico de la <i>Crónica del moro Rasis</i>	58
4.2. El texto de la <i>Crónica del moro Rasis</i> : lengua y traducción.....	60
4.3. Los testimonios de la <i>Crónica del moro Rasis</i>	63
4.4. Los prólogos de la <i>Crónica del moro Rasis</i>	69
4.5. Relación entre testimonios.....	75
5. ESTA EDICIÓN.....	86
ABREVIATURAS CITADAS	93
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	95
<i>CRÓNICA DEL MORO RASIS</i>	103

PRÓLOGOS 105
 TESTIMONIO *T*..... 105
 TESTIMONIOS *E* Y *V*..... 108
 TESTIMONIOS *B* Y *R*..... 112
PRIMERA PARTE..... 117
SEGUNDA PARTE..... 175

INTRODUCCIÓN

1. LA *CRÓNICA DEL MORO RASIS*: PRESENTACIÓN PRELIMINAR

Con la denominación de *Crónica del moro Rasis* nos referimos únicamente al último eslabón de una compleja cadena de traducciones y tradiciones textuales que comenzó su andadura en el siglo x, escrita en árabe por el conocido cronista cordobés Aḥmad al-Rāzī y que, tras años de sucesiva copia, llegó a tierras portuguesas a principios del siglo xiv, donde fue traducida y, con seguridad, novelizada. Esta segunda generación de la familia del texto de al-Rāzī nació en la corte del rey don Dinís (1261-1325), quien la mandó traducir del árabe al portugués, tal y como cuentan el clérigo Gil Pérez y el maestre Mahomad, encargados de efectuar tal empresa, en el prólogo de uno de los cinco testimonios manuscritos cuatrocentistas castellanos que el tiempo nos ha legado:

E nós, Maestre Mahomad et Gil Pérez, clérigo de don Pedreanes de Portel, por mandado del muy noble rey don Dionís, por la gracia de Dios rey de Portugal, trasladamos este libro de arábigo en lenguaje portogalés, et ternemos por bien de seguir nós el su curso de Rasí. De mí, Gil Pérez, vos digo que non metí más nin menos de cuanto me dixeron Mahomad et los otros que me leyeron (ms. T, fol. 1r).

La crónica original a que remite esta versión, obra de primer nivel dentro del panorama historiográfico hispánico, son los *Ajbār mulūk al-Andalus* o *Historia de los soberanos de al-Ándalus*, principal trabajo de Abū Bakr Aḥmad ibn Muḥammad ibn Mūsà al-Rāzī, autor apodado *al-Ta' r'iji*, 'el cronista', en sus territorios y *el moro Rasis* en la tradición historiográfica castellana bajomedieval. La obra de Aḥmad al-Rāzī, en cualquiera de sus estados textuales o lingüísticos, supone un texto de capital importancia para la historiografía hispánica, pues es fuente tanto en árabe como en portugués y castellano de multitud de obras primordiales para el género. Así, es generalmente aceptado que el texto árabe fue utilizado por el arzobispo toledano Rodrigo Ximénez de Rada en la sección dedicada a la *Historia Arabum* contenida en su *De Rebus Hispaniae*, que tan relevante papel tendrá en el desarrollo de la historiografía castellana posterior.

Cuando se tradujo al portugués, fue fuente principal en la composición de textos tan señalados como la *Crónica de 1344*, obra portuguesa de marcada tradición alfonsí¹. Destaca esta tradición aún más si tenemos en cuenta que le debemos el florecimiento historiográfico de la historia y leyenda de la caída del último rey de los godos y la posterior invasión musulmana al manejo de crónicas que acudieron a sus páginas para usarla como modelo, refundirla de una u otra manera o traducirla². Por estas y otras muchas razones, la crítica no ha cesado en su estudio, aunque el reconocimiento de la autenticidad de las secciones que presenta el texto e incluso su validez tardó en llegar.

1.1. Autoría y secciones del texto castellano

En sus orígenes, esta crónica estaba compuesta por cuatro partes que pretendían dar una visión completa del territorio conquistado: una geografía de al-Ándalus, la historia preislámica de la península, la conquista musulmana, que incluía el reinado de Rodrigo como el último gobernador de la dinastía de los godos, y, por último, la historia de los emires andalusíes. Las cuatro partes se mantuvieron en la primera traducción portuguesa, pero no se transmiten en el texto castellano, que solo copia las dos primeras. Tanto el texto árabe, como el portugués han desaparecido; solo nos queda la versión parcial castellana. Estas circunstancias explican muchas de sus particularidades lingüísticas y textuales. En cambio, la falta de contenido referida ha de relacionarse con su localización en las secciones paratextuales de determinados códices de la *Crónica sarracina*, emplazamiento que, por otra parte, ha dado lugar a diversas teorías sobre la atribución autorial de la traducción castellana.

Las lagunas que presenta la familia manuscrita castellana, esto es, la ausencia de dos de sus cuatro partes originales, pueden explicarse por el uso y

¹ Como veremos, cabe seguir investigando si las crónicas posteriores castellanas que acuden al texto de Aḥmad al-Rāzī leen un texto castellano ya traducido o por el contrario la versión portuguesa encargada por el rey don Dinís circuló por los territorios de Castilla antes de ser traducida.

² En relación con este punto, la importancia de esta familia historiográfica ha sido señalada, entre muchos otros investigadores, por Menéndez Pidal (1925: 81) quien opinaba que «[e]sta vulgarización del autor árabe marca un momento importante en nuestra historiografía y en especial en la leyenda del rey Rodrigo, pues contribuyó decisivamente a que prevaleciese el episodio de la hija de Julián en contra del de la condesa, y que prevaleciese en la forma particular que Rasis le da; contribuyó además a que se uniesen fuertemente a la historia de Rodrigo otros dos episodios: el del palacio encantado de Toledo y el del sobrino de Rodrigo derrotado y muerto antes de la gran batalla del Guadalete; contribuyó, en fin, a que en las crónicas españolas se novelizase ampliamente toda nuestra leyenda».

disposición que de nuestra crónica hicieron los amanuenses medievales que elaboraron los códices que contienen los testimonios que conocemos. La *Crónica sarracina* (desde aquí solo *CS*), obra escrita por Pedro de Corral en los albores de la centuria cuatrocentista (ca. 1430), noveliza por extenso la materia histórica referente al reinado de Rodrigo y amplía asimismo los sucesos relacionados con Pelayo y la conquista musulmana de la península³, contexto material en que se insertaron, a manera de precuela, las secciones de la *Crónica del moro Rasis* (desde aquí *CMRasis*) que antecedían al alzamiento de Rodrigo. Así, los copistas dejaron de reproducir la segunda mitad del contenido transmitido por la obra de Aḥmad al-Rāzī, esto es, la sección correspondiente al último rey godo, la invasión musulmana y la posterior historia de los emires de al-Ándalus, que eran, respectivamente, tercera y cuarta partes de la versión original árabe y con seguridad también de la portuguesa⁴. En el plan editorial de los manuscritos que conocemos se puede apreciar cómo la *CMRasis* servía solo para acomodar el inicio de la obra de Corral.

En íntima relación con esto, la constante aparición de la versión castellana en la tradición textual de la *CS* llevó a Diego Catalán (1970, 1975) a plantear la hipótesis de que esta traducción se pudo deber a la iniciativa del propio Corral, quien la usó como fuente historiográfica para construir la mayor parte del armazón histórico subyacente a la crónica de Rodrigo⁵. Sin embargo, a la luz del análisis completo de la materialidad y estado textual que transmiten ambas tradiciones manuscritas cuatrocentistas, creemos que la vinculación codicológica que presentan las dos obras no es argumento suficiente para defender la implicación de Corral en la traducción. La *CMRasis* solo se localiza en un punto concreto del estema de la *CS*, cuestión que parece implicar más al compilador-autor de este subarquetipo de la familia de la primera parte de la *CS* que al autor mismo de la obra, ya que en otros nudos textuales de la tradición se puede descubrir la transmisión paratextual de diversas obras historiográficas que perseguían los mismos propósitos liminares.

³ Aunque para la reelaboración de esta sección Corral también se sirve de la *Estoria de España* alfonsí, además de otras fuentes literarias et historiográficas (Romera, en prensa).

⁴ En este momento no podemos conocer si el arquetipo del que parte la tradición textual castellana que hoy conocemos tenía en su estado original las cuatro partes de al-Rāzī o si directamente se engendró como paratexto de la *CS* de Corral y, por tanto, solo se tradujeron sus dos primeras partes, pues no hay otros testimonios castellanos que permitan confirmar una u otra hipótesis.

⁵ Así, indica que «[l]a reiterada unión de las dos obras adquiere mayor significación si recordamos que la fuente estructural de la *CS* de Pedro de Corral es el reinado de Rodrigo del *Rasis* portugués. Parece, por tanto, muy probable que la traducción castellana del *Rasis* [...] fuera hecha para encabezar la *CS* y que la iniciativa de esa traducción se deba al propio Corral» (Catalán, 1970: LXIV).

1.2. Propósito de la presente edición

Como sugería Catalán (1975: XXVI, n. 48), únicamente después de haber llevado a cabo la edición de la *CS* sería posible emprender con seguridad la edición de la *CMRasis*. Hemos abordado este estudio partiendo de una perspectiva filológica completa de ambas tradiciones historiográficas, que atiende tanto a la *collatio* externa como interna de los testimonios, a saber, sus detalles materiales, su historia y localización, las lagunas y carencias textuales que nos han transmitido en su versión castellana, así como las características lingüísticas y la variación intertestimonial que presentan. Solo desde esta base se puede llegar a proponer conclusiones determinantes sobre la relación entre los textos, evaluar la implicación de Corral en la traducción a la luz de los datos codicológicos y, sobre todo, culminar con éxito la edición crítica de ambas crónicas.

El estudio de Catalán (1975), tierra firme desde la que partimos a la hora de preparar esta edición, se centró, principalmente, en la confirmación de las fuentes textuales propuestas por Sánchez-Albornoz en varios trabajos previos (1939, 1942a y 1946, recogidos en 1967: IV, y 1942b, incluido y actualizado en 1977: V) y en la actualización y localización de otras nuevas. Al tiempo, ofrecía una transcripción simultánea de los tres testimonios que entonces se conocían. En nuestros días la nómina de trabajos que han seguido estudiando tanto las fuentes como la recepción del texto en la historiografía medieval hispánica ha aumentado, pero no ha habido ningún acercamiento a la tradición textual cuatrocentista de la *CMRasis*. Así, siguiendo las palabras de Catalán (1975: XXVII), que no ofreció una edición crítica del texto castellano, sino «un paso imprescindible en su elaboración», hemos tomado como punto de partida inexcusable su labor de comparación textual, además de todas sus consideraciones y advertencias, que han sido incluidas en el aparato de notas cuando ha sido necesario. Al lado, hemos sumado otras muchas notas de carácter ecdótico, lingüístico y filológico, como explicaremos en su lugar correspondiente.

Nuestro objetivo principal es editar con rigor filológico los códices cuatrocentistas de la *CMRasis* y ofrecer por primera vez el texto crítico de la versión castellana. No es nuestra intención reconstruir ninguna versión previa al estado que presenta la tradición textual manuscrita a que aludimos. Tampoco vamos a hacer en este trabajo un repaso bibliográfico de lo que la crítica ya toma por definitivo, que es la vindicación de la traducción de Gil Pérez y el reconocimiento de los *Ajbār* en la versión castellana, lo que no cuestionamos; tampoco refutaremos una u otra hipótesis sobre sus fuentes o descendientes textuales. A manera de contextualización general, ofrecemos un repaso bibliográfico sobre el estudio e identificación de sus posibles modelos textuales, tanto latinos como

árabes, que magistralmente fueron apuntados, sobre todo, por Sánchez-Albornoz y Catalán en los trabajos citados. Añadiremos algunas consideraciones sobre la concepción paratextual que mantiene la *CMRasis* en la manuscritura de la *CS*, a colación de la supuesta autoría o vinculación de Corral con la versión castellana, y, finalmente, daremos algunos apuntes sobre las características materiales, textuales y lingüísticas de los testimonios manuscritos castellanos cuatrocentistas que hoy conocemos, así como ofreceremos el estudio ecdótico que nos ha servido para construir el estema de la tradición castellana de la obra.

Nuestra investigación se fundamenta en el análisis y edición del texto castellano suponiéndolo no un medio por el que llegar a una versión previa, sino un objeto científico con entidad suficiente como para ser merecedor de análisis sin que sea determinante en su consideración o valoración un estado textual que es posible reconstruir en pasos ulteriores. Independientemente de lo que supone para la tradición que venimos comentando y dejando a un lado su importancia y categoría en la historiografía hispánica bajomedieval, ya que se trata del último superviviente textual de una obra con incalculable valor para los estudios historiográficos hispánicos y árabes, la *CMRasis* es un producto literario y lingüístico de notable interés para la praxis ecdótica y la investigación en lingüística histórica, así como para el conocimiento de la transmisión historiográfica árabe y latina, la traducción bajomedieval o la pervivencia y difusión de fuentes clásicas en la península, entre muchas otras parcelas de estudio que se ven implicadas.

Por otra parte, debemos tener presente que los estudios bibliográfico y material de esta familia textual devuelven el conocimiento y catalogación de manuscritos hispánicos hasta ahora no tenidos en cuenta. En la actualidad son cinco los testimonios cuatrocentistas que transmiten la *CMRasis*. A los tres conocidos y transcritos en Catalán y De Andrés en 1975 (*Ca*, nuestro *T*, *Mo*, nuestro *R* y *Es*, nuestro *E*), podemos añadir otros dos: en (1997) Antonio Cortijo dio a conocer un testimonio custodiado en Berkeley que signamos aquí como *B*, y en la primavera de 2022 hemos localizado un quinto códice al que hemos denominado *V* (Romera y Cossío, 2022). Ambos descubrimientos inciden en la unión material de las obras y en su parentesco textual, pero no refutan la hipótesis que desvincula a Corral de la autoría de la traducción. A estos cinco códices podríamos sumar un sexto: una hoja en pergamino insertada en la encuadernación de uno de ellos evidencia la existencia de otro manuscrito de la obra, el que probablemente no estaba emparentado con la familia textual que conocemos hoy.

Se presenta en este trabajo, pues, por primera vez y atendiendo a la tradición textual cuatrocentista completa, la edición de un texto imprescindible para la historiografía hispánica, que constituye para muchos la primera crónica general

de España, que fue germen de la leyenda sobre la invasión árabe del territorio peninsular y que ha sido venero textual, en varias versiones y lenguas, para multitud de obras que tratan sobre nuestra historia a través de los siglos. Con seguridad, el estudio y conocimiento de la obra se beneficiarán de esta publicación; desde el texto crítico, podrán formularse nuevas hipótesis sobre distintas facetas de los *Ajbār* de Aḥmad al-Rāzī, de la traducción de Gil Pérez o de la *CMRasis*.

2. AḤMAD AL-RĀZĪ, EL HISTORIADOR, Y LOS *AJBĀR MULŪK AL-ĀNDALUS*

No es copiosa la bibliografía que podemos consultar sobre la vida de Abū Bakr Aḥmad ibn Muḥammad ibn Mūsā al-Rāzī, conocido como *el moro Rasis* en la tradición historiográfica hispánica. Podemos apuntar apenas los datos básicos de su biografía, inicialmente esclarecida por Gayangos (1850), quien despejó las dudas sobre su nombre y delimitó sus obras y cronología. Sabemos que fue «buen prosista, orador y poeta», pero poco más, quizá por haberse mantenido al margen de la política y haberse dedicado al estudio de la historia y a su escritura (Sánchez-Albornoz, 1977: 123). Como confirma Molina (2012, § 1652), todos los datos con que contamos sobre su trayectoria vital provienen de dos únicas fuentes: «al-Zubaydī (*Tabaqāt* [...]), a quien copia Ibn al-Faraḍī (*Ta' rīj* [...]), completándolo con alguna precisión cronológica, e Ibn Ḥazm en su *Risāla fī Faḍl al-Andalus* (*Epístola sobre la excelencia de al-Ándalus*), texto perdido, pero que ha sido conservado por al-Maqqarī (*Nafḥ* [...]) y aprovechado ampliamente por al-Ḥumaydī (*Yadwa* [...])».

Aḥmad al-Rāzī nació y murió en Córdoba (888-955)⁶. Creció en el seno de una familia proveniente de Rayy, en Persia, de donde resulta el apelativo que recibieron sus integrantes (Gayangos, 1850: 12; Sánchez-Albornoz, 1977: 123), quienes formaron una estirpe de letrados historiadores que compusieron las primeras obras historiográficas andalusíes que pueden considerarse

⁶ Hay quien menciona que su padre murió en el 886; de haber sido Aḥmad al-Rāzī hijo póstumo, en opinión de Sánchez-Albornoz (1977: 122, n. 42), esta información se hubiera ofrecido en la narración de su biografía, lo que no sucede. El mismo autor refiere que Dozy, siguiendo los textos de al-Suyūtī, supone a al-Rāzī nacido en el 888 de nuestra era (274 de la hégira), aunque al-Maqqarī señala que su padre murió en octubre del 886 (la luna del último Rebī del 273). Es evidente que alguna de las dos fechas es errónea; cree el autor que habría que adelantar el nacimiento de al-Rāzī por la falta de referencias a la posteridad de su nacimiento con respecto de la muerte del padre. En cuanto a la fecha de su muerte, coinciden Ibn al-Faraḍī, al-Suyūtī e Ibn al-Qifṭī en señalar el año 955. En Vallvé (1986: 68) puede leerse una traducción del fragmento que sigue de *Muqtabis*, según Lévi-Provençal (1990: 322) que recoge también unas palabras previas de 'Isā, hijo de al-Rāzī: «Aḥmad mi padre, era, a la muerte del suyo, un niño de tres años».

importantes (Martos Quesada, 2022: 68)⁷. Su padre, Muḥammad ibn Musa al-Rāzī, fue un comerciante llamado a al-Ándalus por el emir al-Mundir al subir al trono en el año 886, aunque tras su temprana muerte, ocurrida un par de años después, Muḥammad decidió volver a su país de origen; sin embargo, una enfermedad lo detuvo en la cora de Elvira, donde murió ese año (Molina, 2012: § 1652). Muḥammad al-Rāzī escribió por encargo o como presente dedicado al emir el *Kitāb al-Rāyāt* (*Libro de las banderas*), que incluía un relato sobre la conquista de al-Ándalus centrado sobre todo en los linajes que la llevaron a cabo (Chalmeta, 1994: 44). La labor historiográfica de la familia al-Rāzī no se detuvo con su hijo Aḥmad, pues su nieto, hijo de este último, ‘Īsā ibn Aḥmad al-Rāzī, continuó escribiendo la historia en la corte cordobesa de al-Ḥakam II; él mismo ofrece una valiosa descripción de la labor de su padre y de su aportación al quehacer historiográfico, según recoge Ibn Ḥayyān en *Muqtabis* (en la traducción de Chalmeta, 1994: 45), que

se inclinó por el [estudio] de las letras. Pero le venció la afición por las noticias [pasadas] y su investigación, materia de la cual no se ocupaban las gentes de al-Ándalus. Por lo que se puso a recoger [datos] de cuantos ancianos y transmisores pudo alcanzar. [Informaciones] que recopiló ordenadamente, siendo el primero en sentar las normas de la [redacción] histórica en al-Ándalus. Aquello motivó la consideración del soberano, acrecentando la estima en la que era tenido —y la de su hijo después—. Así la gente de al-Ándalus adquirió una ciencia en la que —hasta entonces— no había destacado.

Aḥmad al-Rāzī vivió los años de florecimiento cordobés y los primeros años del califato y en este ambiente de esplendor cultural fue discípulo notable de grandes maestros de al-Ándalus, como Aḥmad b. Jālid y Qāsim b. Aṣḥab al-Bayyānī según noticia de Ibn al-Faradī (Pons Boigues, 1898: 62) y, aunque no se le menciona en la lista de apadrinados por al-Ḥakam, gozó del favor del califa al-Nāṣir, lo que le permitió tener acceso a los archivos de palacio (Molina, 2012: § 1652). Se le adjudican varias obras historiográficas a través de los datos que ofrecen Ibn Ḥazm y al-Ḥumaydī a través de al-Ḍabbī,

⁷ En cuanto a su importancia para la historiografía de al-Ándalus, dice aquí este autor que «[l]a obra de Aḥmad al-Rāzī es importantísima para los primeros siglos de la historia andalusí, por lo que ha sido motivo de grandes discusiones; en primer lugar, eruditos de los siglos XVIII y XIX pusieron en duda la autenticidad de la traducción portuguesa de Gil Peres, hasta que Pascual de Gayangos y Sánchez-Albornoz despejaron todo tipo de dudas al respecto. En segundo lugar, la primera parte de la obra, la descripción geográfica, debe mucho a la *Historia* de Orosio; y, en tercer lugar, la parte dedicada a la historia preislámica respira un aire legendario, por lo que sigue siendo objeto de discusión». Veremos que había ya estudios muy completos sobre las fuentes latino-cristianas y mozárabes que fueron empleadas en la redacción de los *Ajbār* y, también, sobre la supuesta oralidad del relato musulmán que adelantan en mucho a estos apuntes.

Ibn al-Abbar y al-Maqqarī (Sánchez-Albornoz, 1977: 123; Vallvé, 1994: 65-67; Molina, 2012: § 1652): el *Kitāb A 'yān al-mawālī bi-l-Andalus* (*Libro de los más notables clientes de al-Ándalus*), aunque las menciones pueden estar refiriendo a una de las secciones del *Kitāb al-Istī'āb* (*Libro cumplido sobre los linajes*), sobre el que dice Ibn Ḥazm que se trataba de un voluminoso compendio en cinco volúmenes; y una descripción de Córdoba contenida en las *Ṣifat Qurṭuba wa-jīṭaṭi-hā wa-manāzil al-a 'yān*, además de los *Ajbār Mulūk al-Andalus*, que narraba, según al-Maqqarī (Sánchez-Albornoz, 1977: 123), la historia de todos los gobernantes, de «sus hechos y dichos memorables, sus guerras, desgracias, victorias y derrotas», aunque todas ellas están perdidas.

Su reconocimiento y sabiduría le valieron para adquirir entre sus coetáneos el sobrenombre de *al-Ta'rījī* 'el cronista', y su producción y erudición bastan por sí mismas para incluirlo en la nómina de los grandes historiadores de nuestro país, pero no son estos los únicos motivos⁸. Al-Rāzī merece ser considerado un historiador ilustre de nuestra Edad Media, al lado de San Isidoro, Ximénez de Rada y Alfonso X el Sabio, pues en su obra puede reconocerse la primera de las crónicas generales de España. La labor compiladora del sabio andalusí supone un hito en la praxis historiográfica peninsular, pues por primera vez contamos con una concepción del relato que supera la visión isidoriana de la *gens* y que instaura la preferencia por la narración completa de la nación tomando como punto de partida el solar hispánico (Sánchez-Albornoz, 1977: 124-125; Catalán, 1975: XXIX), desde sus orígenes fabulosos hasta los últimos años de la historia musulmana que le precedieron, ruptura en la práctica historiográfica con que se adelantó en tres siglos a la del rey sabio⁹.

Es una constante en la bibliografía encontrar citas sobre la pericia del autor en el manejo y compilación de textos historiográficos de diversa índole, lengua y procedencia, las que «acreditan la familiaridad de al-Rāzī con

⁸ Dice Gayangos (1850: 44-45) que «hablan de él Ben Hayyán, Ben Bessám, al-Homaydí, Adh-Dhabbí, Ben Baxquál, Ben al-Abbár, Ben al-Jattib y cuantos historiadores han escrito de nuestras cosas, citándole a menudo y trasladando largos fragmentos de sus diferentes obras históricas».

⁹ Sánchez-Albornoz (1977: 124-125) apuntaba, sin confirmar, que quizá al-Rāzī podría haber servido de modelo a Alfonso X al «concebir la silueta de su historia», debido al «conocimiento de la obra del cronista cordobés por el arzobispo toledano y su difusión y fama en los medios cultos de los cristianos de la segunda mitad del siglo XIII». Al tiempo, ha sido de sobra constatado el «aprovechamiento de numerosos textos árabes por Alfonso y sus colaboradores en la redacción de la *Crónica general* y en la preparación de sus obras literarias y científicas», aunque más bien parece que la fuente árabe usada en el escritorio alfonsí tiene más que ver con la *Historia vulgata de al-Ándalus* y no directamente con la crónica de al-Rāzī (Fernández-Ordóñez, 1992: V).

la cultura post-isidoriana de los mozárabes de al-Ándalus» (Catalán, 1975: XXIX). Las palabras de Sánchez-Albornoz (1977: 134-135) son especialmente clarificadoras:

[Al-Rāzī] consignaba las fechas y las rutas de las expediciones guerreras; las cifras de los contingentes que integraban los ejércitos, a ella enviados, y los nombres de los caudillos que los mandaban. Registraba los pormenores de las negociaciones, los mensajes de los embajadores y las respuestas de los príncipes. Señalaba los cambios ocurridos en la organización militar o política del emirato y narraba las intrigas cortesanas, las conjuraciones frustradas, y las sublevaciones vencidas. Contaba anécdotas y dichos de los príncipes, o de suministros o caudillos. Reproducía poesías, escritas por aquellos o por estos, o en honor de unos o de otros redactadas. Entre líneas, o a las claras, aludía a los defectos o flaquezas de soberanos o magnates y copiaba órdenes, cartas o mensajes oficiales o privados. Descubría la influencia ejercida en la vida espiritual o material de la España musulmana por las crisis políticas de Oriente. Anotaba la eficacia ejercida por los emigrados venidos de Bagdad a Andalucía: en el vaivén de las modas, en los gustos musicales y hasta en las transformaciones del arte culinario. Reseñaba las joyas adquiridas de los tesoros califales orientales por los emires cordobeses, y las regaladas por ellos a las mujeres de su harén. Daba noticia de las construcciones de palacios, mezquitas, puentes o jardines y de las obras de saneamiento y embellecimiento de la ciudad de Córdoba, e incluso refería a los fenómenos atmosféricos o sociales más dignos de nota —eclipses, o rayos, hambres, pestes o riadas— ocurridos en al-Ándalus, durante el señorío de los nietos de Abd al-Rahmān I.

Justiprecian asimismo su labor Vallvé (1967: 243 y 1986: 69) y Chalmeta (1994: 46)¹⁰, recapitulando las palabras proferidas por su hijo ʿĪsā. El último señala cinco motivos que se han de subrayar de la labor compilatoria al-Rāzī, pues por primera vez la práctica historiográfica que se observa en los *Ajbār*:

- i. recoge sistemáticamente noticias históricas no fechadas, transmitidas oralmente;
- ii. estas son puestas por escrito y se ordenan siguiendo una secuencia cronológica;
- iii. supone el paso del mero recuerdo de anécdotas a una redacción correlativa metódica;
- iv. ello implica la aparición de un nuevo sistema, codificado, donde se pugna por dar fecha a los acontecimientos creándose así los anales;
- v. y, efectivamente, conlleva la aparición de un nuevo método de historiar (que no se había utilizado antes más que esporádicamente), porque si nos fijásemos solo en la puesta por escrito de datos orales, la actuación de al-Rāzī dejaría de ser excepcional.

¹⁰ En este punto, el autor alaba la investigación de Sánchez-Albornoz, a quien, dice, «corresponde el mérito de haber señalado la importancia de la labor cronográfica de al-Rāzī, difícilmente reconocible en la versión romance de la *CMRasis* (donde no aparecen más que catorce fechas, empezando la secuencia más o menos continua en el 131 con la batalla de Secunda)».

La acomodación temporal del relato también es una prueba a favor de la calidad de la producción científica de al-Rāzī, pues resolvió el desajuste que la narración de la historia preislámica de la península presentaba al entrelazar las tradiciones historiográficas árabe y cristiana, igual que ocurrió a la postre en el taller historiográfico alfonsí (Catalán, 1975: XCIII). En este sentido, hace notar Sánchez-Albornoz (1977: 135) que al-Rāzī cuidó con celo la cronología vertebradora de su narración, que seguía los sistemas de San Jerónimo y San Isidoro, pero tras haber sido adaptados al periodo musulmán de la historia que desarrolló en su obra.

Al mismo tiempo, desde el principio pudo esclarecerse que al-Rāzī no solo atendió fuentes ortodoxas para confeccionar la parte histórica de su obra; todavía hoy falta por identificar el modelo subyacente a muchos pasajes del texto¹¹. Así, Pons Boigues (1898: 66) determinó que

las obras de Ahmed Ar-Rāzī fijaron de una vez la suerte de la historiografía árabe-española, pues además de escribir la geografía, recogió toda la tradición oral, siendo sus obras como los archivos de la vida anterior de los musulmanes. Por los fragmentos de sus obras se conoce que había estudiado la historia de Oriente; y si atendemos al arte de la exposición, a la manera precisa de enlazar los hechos y a cierta facilidad de generalización o síntesis, nos inclinaremos a creer con el citado orientalista que las obras del historiador español no desmerecían de las de sus correligionarios en Oriente.

Mantiene en la actualidad Martos Quesada (2022: 100) casi las mismas consideraciones, pues afirma que con el historiador cordobés «se consolida un cierto método nuevo de hacer historia, imponiéndose la forma de los anales y de noticias en secuencia, tras una labor de recopilación de tradiciones orales y recomposición del relato para conseguir una narración coherente». Al-Rāzī es el mayor exponente de esta nueva corriente historiográfica cuya evolución concepcional brota en algunos relatos anteriores, escritos tanto en latín como en árabe; de hecho, se conoce a algunos de sus predecesores, como ‘Abd al-Malik Ibn Ḥabīb (m. 852), que compuso el *Kitāb al-Ta’rīj* o *Libro de la Historia*, con visión nacional-musulmana (Molina, 2012: § 1652) o universal oriental y profética (Aguadé, 1991)¹². En relación con el empleo que realizó al-Rāzī de fuentes previas árabes, refiere Molina (2012: § 1652) que

¹¹ En su mayoría estos procederían de una pérdida *Historia vulgata de al-Ándalus*, que recogería de forma esquemática los sucesos que tenían interés para los musulmanes recién llegados a la península.

¹² En la vertiente latina, contamos con ejemplos como la *Crónica albeldense*, que fue acabada en el 883 y que inicia asimismo su narración con una descripción geográfica (Sánchez-Albornoz, 1977: 124, n. 51). Puntualiza González Muñoz (2000: 12) que estos textos iniciáticos presentan «líneas de dependencia difíciles de precisar».